

FILOSOFÍA COMO ACCIÓN EN ENRIQUE MOLINA GARMENDIA

PHILOSOPHY AS ACTION IN
ENRIQUE MOLINA GARMENDIA

Tania Galgani Ugarte*

Resumen

El objeto del trabajo es presentar a Enrique Molina Garmendia, y su obra filosófica, como un pensador original en Latinoamérica, estudiando la obra *De lo espiritual en la vida humana*. Se reflexiona sobre su ontología, la concepción del espíritu y sus manifestaciones: personal, objetivo y objetivado. Habrá una reflexión respecto al rol de la libertad en la realización del espíritu. Se expone el concepto de *idea nueva*, en relación con el bien y como corolario la definición de progreso. Se indican las tres vías de realización del espíritu en la historia, señalando la posición en que se encuentra Latinoamérica y la necesidad de avanzar hacia una forma más completa de realización espiritual, proponiendo como salida la conquista de independencia económica.

Palabras clave: espíritu, libertad, idea nueva, bien, progreso, Latinoamérica, civilización, humanismo.

Abstract

The purpose of this paper is to introduce Enrique Molina Garmendia and his philosophical work as an original thinker in America, studying the work *De lo espiritual en la vida humana*. It reflects on his ontology, the conception of the spirit and its manifestations: personal, objective and objectified. There will be a reflection on the role of freedom in the spirit realization. It explains the concept of *new idea* in relation to right and as a corollary the definition of progress. It indicate the three ways of realization of spirit in history, noting the position it is Latin America and the need to move towards a more complete spiritual realization, proposing as a solution the conquest of economic independence.

Keywords: spirit, freedom, new idea, right, progress, Latin America, civilization, humanism.

* Abogado y Magíster en Filosofía Moral (Universidad de Concepción). Profesor Instructor, Departamento de Historia y Filosofía del Derecho, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Concepción.

1. Introducción

Un tema recurrente en el pensamiento de los intelectuales latinoamericanos es el problema del sub desarrollo. Existen varias recetas, desde teorías políticas o económicas, pasando por otras de corte trascendental; que han intentado dar herramientas para la solución a la pobreza material y espiritual de Latinoamérica. Y hablo de pobreza espiritual porque el sentimiento de subdesarrollo también alcanza al intelecto, o eso es lo que han intentado hacernos creer y de lo cual aparentemente nos estamos autoconvenciendo. Este sentimiento de inferioridad ha implicado entonces que, en el plano regional, poco se sabe de la obra de Enrique Molina Garmendia, un destacado pensador que legó no sólo obras materiales.

Por ello, mi interés es plantear la siguiente problemática: insertos en nuestra realidad de país tercermundista, siempre en la esperanza de estar en vías de desarrollo, ¿es posible que la obra filosófica de Molina recobre vigencia para superar el subdesarrollo? Para responder a esta interrogante, debemos primeramente determinar si este autor puede ser considerado o no un genuino filósofo. Lo que nos lleva a una pregunta subyacente: determinar qué es filosofía o a lo menos cómo es posible que se exprese desde nuestra pequeñez latinoamericana.

Si consideramos que Molina fue un verdadero filósofo, implicará entonces que estamos rescatando un importante pensador que ha permanecido olvidado y que tal vez tenga interesantes aportes que hacer al debate actual del progreso. De lo contrario, no quedará más remedio que seguir buscando la luz en otras latitudes, esperando que desde fuera nos rescaten de nuestra deplorable situación.

Para dilucidar este enigma se analizará la problemática de la originalidad o no de la filosofía latinoamericana. Frente a la respuesta positiva, se estudiará una obra de este autor: *De lo espiritual en la vida humana* (1937). Por medio de ella se intentará demostrar cómo su noción de acción nos lleva al progreso y sus aplicaciones a la realidad actual. Para estos efectos se comenzará un estudio de la ontología, con su concepción sobre el espíritu y sus formas de realización. A continuación se estudiará lo que Molina llama “la idea nueva”, que en ocasiones culmina en el anhelado progreso.

2. ¿Qué se entiende por filosofía?

Mucho se ha debatido, incluso en el plano latinoamericano, acerca de qué se debe entender por esta rama del saber. Algunos sostie-

nen que para que exista filosofía debemos estar frente a la elaboración de sistemas abstractos, construcciones teóricas que nos entreguen una solución a los problemas universales del ser. Por el contrario, hay quienes le dan un sentido más amplio y entienden que filosofía es también una forma de pensar el vivir, que se puede expresar no sólo en grandes construcciones teóricas, sino que también por las obras de la literatura, la música, el teatro, el cine, etc.

Entonces, la filosofía la entendemos como un conocimiento tanto teórico como a la vez práctico, tal como los antiguos griegos, en que se filosofaba para saber cómo vivir bien. De manera que el filósofo no es sólo un hombre sapiente, no sirve aquel que busca la sabiduría por ella misma, sino que es necesario que se plantee un objetivo. Este objetivo debe guiarlo en la construcción de su teoría, de tal forma que su conocimiento sea también una norma para la vida individual y social. Para esto, su sapiencia debe ser comprendida desde el horizonte total del vivir, lo que incluye todas las formas de expresión cultural, lo que Molina llamará el espíritu objetivado.

Una vez asentado que la filosofía comprende todas estas ramas del conocimiento, es posible determinar que existen diversas formas en que se puede ejercitar o vivir la filosofía. En efecto, ya no se trata sólo de un intelectual recluido en su mundo interior, sino que más bien de un ser pensante que busca soluciones a sus inquietudes personales y sociales. Por ello, se puede dar como característica de la filosofía latinoamericana que sus intereses están enfocados en resolver el problema esencial de esta parte del continente: el subdesarrollo, por lo que en general se trata de una filosofía política.

3. Necesidad de definirse como latinoamericano

En concordancia con lo anterior, y enfocados a la realidad latinoamericana, ha surgido un interesante debate sobre la originalidad o no de los pensadores latinoamericanos. Una primera aproximación nos parece demostrar que no existe tal carácter del filosofar en nuestros países, principalmente, porque no están dadas las condiciones sociales y económicas para un desarrollo de esta forma del pensamiento abstracto (Salazar Bondi 2004). Sin embargo, en otro orden de ideas, no podemos negar que hay importantes pensadores que han trabajado en tomar lo mejor o más adecuado del pensamiento europeo o norteamericano para ser aplicado, con matices originales, en esta parte del continente. Esto es lo que Leopoldo Zea llamó adopción-adaptación y precisamente allí encontró la originalidad (Zea 2003).

Pero, ¿es correcto encontrar la originalidad del pensar filosófico en esta adopción-adaptación? Al parecer no, y ello porque esta forma de servirse del pensamiento de los predecesores no es exclusiva de esta parte del mundo, sino que es más bien una constante en la historia de la filosofía, donde, por ejemplo, poco podría haber hecho Santo Tomás sin las concepciones de Aristóteles. Luego, parece ser que si queremos encontrar originalidad no es esa la forma de hallarlo.

Entonces, no existiendo pensamiento original desde los dos puntos de vista anteriores, ¿se puede insistir en una filosofía latinoamericana? En realidad, una somera investigación de la historia nos revela una terrible realidad: el desconocimiento y desinterés por la historia intelectual propia. Parece que se busca omitir deliberada o inconscientemente los avances de pensamiento de Latinoamérica, que esencialmente están dirigidos a superar el subdesarrollo, como es el caso de la filosofía de la liberación. ¿Acaso no es éste un pensamiento original? Otro tanto ocurre con nuestro autor. Se conocen sus obras materiales: la Universidad de Concepción, pero poco se estudia sobre su prolífica inquietud filosófica plasmada en una serie de obras, tal como la que se analizará a continuación.

4. Pensamiento en relación al progreso

4.1 La concepción del espíritu

Para Enrique Molina, el progreso está relacionado con el espíritu. Por ello, para entender esta concepción es indispensable primeramente realizar algunos acercamientos a su ontología. Luego de definir y estudiar el espíritu, que sólo existe en el ser humano, se analizará la libertad del hombre como atributo esencial de aquel. A continuación se expondrá el concepto de idea nueva, la que acompañada de la idea de bien, lleva finalmente al progreso.

Primeramente el autor sostiene que el hombre tiene la intuición de formar parte del Ser Universal, de existir; y que de entre las funciones del Ser al hombre le corresponde la espiritual. Indica que lo espiritual es “una energía condicionada por sus propios elementos de cuya condición resulta el orden de la naturaleza; energía en acción perpetua y siempre en trance de superación. Pero en esta energía las creaciones del espíritu están sólo en potencia. Para realizarla se hacen necesarias formas orgánicas superiores que en nuestro pequeño planeta no son otras que las formas humanas” (Molina 1994, p. 238). Igualmente expresa que el espíritu y la materia se encuentran profundamente ligados y como corolario de lo anterior, que es sólo el hombre

adulto, dotado de libertad suficiente, quien podrá crear el derecho, la moral, el Estado, la cultura. El espíritu siempre está asociado con un ser vivo: el hombre, quien tiene como función específica realizar su espiritualidad, la que debe ir construyendo.

Aun cuando el espíritu es una unidad, sólo para fines de estudio lo considera desde tres perspectivas: personal, objetivo y objetivado. Se analizarán cada uno de ellos. El personal sólo se radica en la persona humana y, considerando que es imposible concebir la vida independiente, el espíritu pasa a ser un fenómeno social. Para Molina el hombre que desarrolla su espíritu personal es un ser armónico donde tanto el alma como el espíritu encuentran su substrato orgánico en el cuerpo, destacándose como atributos esenciales la libertad y la estimación por los valores morales¹. Este considerarse a sí mismo a través del tiempo da a la persona una conciencia de su identidad, siempre buscando la superación.

Ahora bien, desde la colectividad el espíritu objetivo pasa a ser las “agrupaciones sociales naturales”, como los pueblos, naciones, razas o la familia; así como también las manifestaciones de la vida de los mismos grupos, como el derecho, su moral, el lenguaje o la moda. Señala que desde el inicio de la vida individual el espíritu objetivo pasa a ser una red que cubre a cada persona y en sus formas se encuentra a los principales protagonistas de la historia: pueblos, razas, colectividades religiosas; en perpetuo cambio y florecimiento, al igual que el espíritu personal. Por ello insiste en la estrecha unión de ambos, llegando a formar un todo. En efecto, cuando se producen períodos de crisis en las sociedades aparecen los hombres superiores (dotados de su propio espíritu) que “saben dar forma y realización al espíritu objetivo” (Molina 1994, p. 251). Por lo mismo insiste en señalar que es el ser humano el artífice y no un espíritu que aparece desde fuera de él. El espíritu objetivo sólo es encausado por las conciencias individuales que lo componen, carece de voluntad propia.

1 Indica que se debe diferenciar al espíritu del alma, aun cuando en parte de su significado son expresiones sinónimas, al considerarlas comúnmente como el principio activo de la conciencia y el cuerpo. Sin embargo, el alma conlleva en general la idea de una sustancia individual, no colectiva, a diferencia del espíritu. En todo caso ambos comparten el hecho de que cuando se manifiestan en un solo individuo tienen el carácter de personales e incommunicables, como las intuiciones de los místicos, producto del espíritu. Por otra parte, y reconociendo que el problema puede ser sólo terminológico, “es más propio referir las cosas del intelecto al espíritu y las de los sentimientos al alma”.

Finalmente llama espíritu objetivado a “las expresiones del espíritu vivo (personal y objetivo) incorporadas en algo material; el hombre lleva a cabo así una de las realizaciones del espíritu: lo objetiva y lo entrega a una forma de supervivencia en la historia” (Molina 1994, p. 252). Se aprecia en el arte del pasado que aún podemos admirar, en las obras de literatura que están para siempre plasmadas en la letra o en la voz que conservó el cine. En cualquier material sólido los frutos del espíritu garantizan su conservación, pero no significa que sea en sí “conservador”, ya que no es una cosa muerta, sino que puede estar en estado latente para luego salir a la luz en su momento oportuno, como es el caso de las obras de los clásicos de la antigüedad revividas en el renacimiento.

4.2 La libertad como requisito para la realización del espíritu

Al depender el espíritu objetivado y el objetivo del personal, que se crea y renueva en el ser humano, se hace necesario analizar la libertad como atributo esencial del mismo, ya que es el hombre el que posee la facultad de ejecutar sus planes y decidir entre diversos caminos de acción. Así, aunque Molina comparte el causalismo spinozista, no es partidario de su extremo determinismo, en que todo ocurre por la sola necesidad de la Naturaleza, Dios o la Substancia. En el otro extremo, tampoco es partidario de un libre albedrío en que la libertad aparece como un regalo de un ser que es extraño al hombre, como un don que viene desde fuera.

En efecto, plantea un punto intermedio, al señalar que en un momento determinado se produce una “suspensión momentánea del encadenamiento determinista” (Molina 1994, p. 247), siendo entonces la libertad este sentimiento que se expresa mientras se disputan los diversos móviles el triunfo. Pero, ya ejecutado el acto “la cadena de los antecedentes aparece sin interrupción alguna y el acto, contemplado en el pasado, se presenta claramente sometido al proceso de los motivos que lo determinaron” (Molina 1994, p. 247). En esto consiste la cuota de misterio que siempre ve en la libertad.

Es de interés analizar la diferente concepción que tienen entonces Molina de Spinoza respecto a la libertad. Para el segundo de estos filósofos, todo lo que sucede ocurre exclusivamente por la necesidad de las leyes de la naturaleza infinita de Dios y surge por la necesidad de su esencia, lo que tendrá importantes consecuencias para la ética. En efecto, siendo irremediable el estado de servidumbre a las pasiones en el cual los seres humanos estamos sometidos, que deriva de

la sola necesidad de la Naturaleza, es posible, sin embargo, alcanzar una mayor perfección mediante el *conatus* o el perseverar en el ser: el conocimiento racional, de segundo grado, ya que sólo la razón nos puede guiar en la búsqueda del útil verdadero. La razón se esfuerza en entender y el alma, por medio de la razón, sólo juzga como útil lo que conduce a entender. Este perseverar en el ser, que se alcanza por medio de la razón, no exige nada contrario a la Naturaleza, a saber, que cada cual se ame a sí mismo y busque lo realmente útil para sí, lo que conduce a una mayor perfección. Este es el fundamento de la virtud: obrar según las leyes de la Naturaleza que llevan a perseverar en el esfuerzo por conservar el ser, y la libertad consistirá en aquello mediante lo cual el hombre pueda conservar el ser.

De lo anterior se colige que si bien Molina plantea que los actos humanos tienen una causa, y estos sucesivamente otra causa y así sucesivamente retrocediendo en el tiempo, no es posible llegar a sostener matemáticamente una cadena de causas sin interrupción. Más bien en la libertad siempre debe haber algo de misterio y si este sentimiento desapareciera, “desaparecería a la vez el sentimiento de libertad misma, porque entonces no seríamos más que espectadores de nuestro propio automatismo” (Molina 1994, p. 247).

4.3 La idea nueva

Siendo una necesidad del ser humano su realización a través de la creación de la espiritualidad, que se puede estudiar en alguna de las tres formas señaladas precedentemente, Molina sostiene que la vida es primordialmente acción, ya sea dinámica, como cuando se obran caracteres entusiastas e idealistas o bien resignada, como en el movimiento de los abúlicos y apáticos. La acción se liga con la idea de progreso, el que entiende, al igual que Stuart Mill, como la misión de dejar el mundo un poco mejor de cómo se ha encontrado. Lo anterior, siempre que no se mantenga exclusivamente en un plano social y político, sino que debe ser mirado como creación espiritual, “como uno de los modos por donde el hombre llega a la realización de su vida espiritual, consintiendo el otro en hacer la vida dentro del reconocimiento de los valores tradicionales” (Molina 1994, p. 196). Este es el sentido de la vida, que el hombre realice su vida espiritual por medio de una acción creadora, siendo realizador del espíritu y alcanzando al Ser Universal.

Señala que en el progreso subyace una idea nueva, un “chispazo que ha iluminado la mente de algún hombre” (Molina 1994, p. 213),

y es importante que sostenga que se trata de una persona en particular, más allá de los antecedentes sociales que hayan influido en su formulación, puesto que para el surgimiento de esta idea particular el ser humano requiere previamente de conciencia y libertad para emitir el pensamiento. En las áreas de la técnica o la industria, al progreso o idea nueva se le denomina invento, pero estos pueden servir para el bien o para el mal. Por ello cualquier invento no es un progreso, así como ninguna idea nueva va a ser necesariamente buena. Molina indica que para que podamos considerarla como progreso, en el sentido ya señalado de realización del espíritu, es menester que la idea nueva sirva al bien y que “sus aplicaciones tengan valor social y moral” (Molina 1994, p. 214).

Luego, la idea del bien forma parte de la definición de progreso, indicando que éste último existe cuando “podemos anotar un mejoramiento de las relaciones entre los hombres, difícil de asegurar sin el perfeccionamiento de las almas y aumento de poderío humano en el conocimiento y dominio de la naturaleza” (Molina 1994, p. 215). Sostiene la existencia de una escala de bienes, desde los puramente materiales (como cualquier invento que facilita la vida diaria), pasando por los descubrimientos materiales y técnicos que dominan las fuerzas de la naturaleza y que en virtud de ese poder que entregan al hombre, éste debe adoptar decisiones entre el bien y el mal (y que sólo será progreso si tiende al bien); hasta los bienes propiamente espirituales, como la labor intelectual y artística, el sentimiento religioso, los logros del derecho.

Concluye que “la idea verdaderamente nueva es un caso de síntesis creadora, de realización del espíritu” (Molina 1994, p. 215). El hombre tiende hacia el progreso si busca su perfeccionamiento interior, en particular el ético e intelectual, que es el que le dará armonía y plenitud a su alma. Por lo anterior es que sostiene que el progreso ha sido sobre todo “un tema de hombres de acción o de intelectuales que en sus lucubraciones no han dejado de tener puesta su mira en la acción, como son los políticos, los historiadores, los *sociólogos* y los *educadores*” (Molina 1994, p. 216, la cursiva es mía).

5. Relación entre la noción de progreso y su concepción del ser latinoamericano

Molina, fiel a su ideario de realización del espíritu y siendo entonces un influyente intelectual comprometido con la transformación de la sociedad, plantea diversas formas en que se manifiesta el espí-

ritu en la realidad, en este caso, en la forma del ser latinoamericano, entregando pautas para lograr el desarrollo.

En primer término, entiende que el espíritu tiene tres vías de realización. La primera, propia de los místicos o ascetas, la que realizan aquellos que predicán el desprendimiento de lo material, la resignación y devoción por los valores espirituales y religiosos. Sin embargo, esto es lo propio de personas de vida excepcional, como Gandhi, mas no es posible extrapolarlo a toda la humanidad, ya que el renunciamiento total implica buscar más la muerte que la vida, lo que evidentemente no conduce al desarrollo del espíritu. La tercera vía se da cuando la cultura espiritual se desarrolla sustentada por una base económica adecuada, como la Roma de Augusto o la cultura actual de Europa. Aquí el espíritu alcanza lo que él denomina “cultura integral”, es decir, la capacidad de explotar la naturaleza para satisfacer necesidades humanas que le permitan crear una vida espiritual sirviéndose de los valores.

Nos centraremos ahora en la segunda vía, que es la que nos toca vivir a nosotros como latinoamericanos, realidad que puede percibir por sus propios sentidos nuestro autor y que logra diferenciar claramente de la tercera. Se trata de la vida espiritual que se hace sin resignación absoluta, pero a la vez sin una base económica que la sostenga adecuadamente. Y Molina es claro en explicitar que esto no es una opción, es lamentablemente la realidad de los pueblos sujetos al imperialismo y que dependen de capitales norteamericanos y europeos, donde “las industrias se encuentran en grado incipiente y las más importantes son, de corolario, propiedad de explotadores extranjeros” (Molina 1994, p. 276), al igual que el comercio y los medios de comunicación.

Además de este diagnóstico de corte económico, nuestro autor indica que en Latinoamérica no existe aún la energía suficiente, demostrándose una falta de solidez moral, disciplina y práctica de los verdaderos valores espirituales. Reconoce en los latinoamericanos avances en las letras, artes e incluso la filosofía, pero “su vida espiritual se haya entrapada por la falta de carácter y la inferioridad económica” (Molina 1994, p. 276). Lo anterior produce graves consecuencias en el orden religioso, pero principalmente en el plano de la educación, lo que genera un círculo vicioso: las personas llamadas a elevar el espíritu no encuentran los medios ni estímulos en su medio para llevarlo a cabo.

Enfrentados a la realidad latinoamericana, ¿cómo salir de este embrollo? Nuestro autor nos ofrece una salida: la conquista de inde-

pendencia económica. Esto no es fácil de lograrlo, sobre todo dado el carácter del latinoamericano. Por ello, se debe asegurar la explotación del suelo y subsuelo por los propios pueblos dueños de estos recursos, y vencer la superioridad del imperialismo en cuanto a la riqueza financiera y capacidad técnica de sus nacionales. Por esto es imprescindible asegurar una eficiente educación técnica, y fomentar la iniciativa privada para no depender siempre de un Estado paternalista. Paralelamente plantea que debemos superar nuestras deficiencias: fomentar en las personas la honradez y educación política, y crear bases sólidas de un adecuado sistema jurídico que garantice equidad y justicia.

Estas propuestas de solución que plantea Molina son interesantes por la época en que se dieron, que recobran ahora una gran vigencia. En efecto, ya anunciaba, antes de la nacionalización del cobre, la necesidad de ser dueños los pueblos latinoamericanos del subsuelo, en lo que avanzó nuestro país, aun cuando en la actualidad estamos frente a un serio retroceso, con la concesión de explotación otorgada a los privados y su corolario de aumento de la oferta y fluctuación de los precios internacionales. Por otro lado, al criticar veladamente al Estado paternalista, por cierto que se está refiriendo a ese Estado que tiene la posibilidad de tomar la iniciativa en la generación de actividades económicas productivas, más no es el actual, que únicamente está limitado a fiscalizar la labor de los particulares.

En todo caso advierte que este progreso material y la consiguiente dominación de la naturaleza es siempre un medio para el desarrollo de la vida espiritual y nunca debe ser tenido como un fin. Sostiene el peligro de engañarse “con esa falsa civilización materialista que hace al hombre frívolo, sensual, inescrupuloso, explotador e injusto; y engendra los nacionalismos petulantes y rabiosos, origen de la bárbara calamidad de la paz armada y de las guerras. Que la aspiración de la autonomía económica no signifique que nos dejemos supeditar nosotros mismos por fines exclusivamente económicos y materiales” (Molina 1994, p. 278).

En la cultura espiritual existe un plano interno y otro externo, que llama civilización. Entre ambos se da un fenómeno dialéctico: el progreso espiritual requiere para su adecuado desarrollo de los medios materiales, pero a la vez no existirá avance material sin un sustento en el espíritu de cada uno de los hombres que componen la sociedad.

Esta estrecha relación entre el mundo espiritual y el material se demuestra incluso a través de los ejemplos de la historia, perceptible

en la caída de las sociedades cuando se corrompe la moral de los sujetos que la componen o los sistemas jurídicos que los rigen. Cuando las normas morales o jurídicas sólo son acatadas por la fuerza coactiva del Estado existe una cultura meramente exterior, que no se refleja en el alma. Tal vez podríamos decir que es la situación que enfrentamos actualmente cuando constantemente vemos a las autoridades cuestionadas por los manejos financieros de los recursos de todos. Frente a esa actitud de los llamados a guiar la colectividad, ¿qué queda por exigir a los ciudadanos comunes? Falta entonces en nuestra cultura ese aspecto interior, en que el alma por sí sola busca cumplir las normas que permiten la convivencia social, que Molina denomina la “actitud de la buena voluntad”.

¿Cuál es el corolario de su reflexión? Concluye en plantear un nuevo humanismo para el cultivo del espíritu, que se manifiesta no sólo en el estudio de los autores clásicos sino que también de los pensadores modernos, planteando que será humanista “independientemente del hecho de poder ser a la vez un alma religiosa, quien reconoce la existencia de tesoros espirituales en la humanidad, y ha consagrado a ellos los mejores esfuerzos de su inteligencia, conviviendo en su intimidad, y respetando los valores morales, que son su más preciada sustancia” (Molina 1994, p. 281).

6. Conclusiones

De todo lo expuesto podemos decir que la filosofía no es sólo una ciencia del saber absoluto, sino que se trata más bien de una reflexión sobre sí mismo, tal como se es, para luego determinar de qué manera el individuo puede traspasar ese conocimiento a su realidad individual y colectiva: la transformación de la sociedad.

Entonces, Molina es un pensador original, que ama la sabiduría, en este caso, la de los valores morales y espirituales. Se trata de un filósofo laico que expresa su opinión personal, no imita la cultura europea ni tampoco la adopta-adapta, sino que nos señala cuál es su verdad de la filosofía. Como pensador no sólo recopila conocimientos sino que también ha efectuado una obra de creación e investigación, expuesta alejándose de formas de expresión oscuras, siendo cortés con sus lectores, claro e inteligible, lo que permite fácilmente acceder a su teoría.

Así que, además de ocuparse de temas de meditación universal, como lo demuestran sus concepciones en torno al espíritu, se ha ocupado especialmente de la realidad americana, en un contexto his-

tórico determinado y con miras a un objetivo: salvarnos de nuestra circunstancia de tercermundistas. Plantea entonces una filosofía que, desde el espíritu personal, desde el hombre individual, se proyecta al hombre americano dominado por la dependencia económica. Nos llama a generar una energía interior que, al amparo de la libertad, la justicia y los valores morales, nos haga conscientes de nuestra condición deprimida como pueblos y desencadene el proceso superador de esa condición.

Este es entonces el objetivo de su pensamiento, como lo sostiene Sartre: “el hombre no es nada más que su proyecto, no existe más que en la medida que se realiza; por lo tanto, no es otra cosa que el conjunto de sus actos, nada más que su vida” (Sartre 1999, p. 56). Por esto, la filosofía para Molina no es un saber abstracto sistematizado sino que es una actividad, y quienes la ejercen son por cierto activos tanto en el conocimiento como en los actos, generan acción o ideas nuevas.

El trance histórico que lo motivó a plantear su pensamiento permanece actual. Por ello, habiendo recepcionado su pensamiento, seguimos en la necesidad de salir de nuestra condición para alcanzar el progreso. Queda por demostrar si estaremos a la altura del reto.

Referencias bibliográficas

- Molina Garmendia, E. (1994). *De lo espiritual en la vida humana*, en *Obras completas*, Tomo II. Concepción: Ediciones Universidad de Concepción.
- Salazar Bondi, A. (2004). *¿Existe filosofía en nuestra América?* México: Siglo XXI.
- Sartre, J. P. (1999). *El existencialismo es un humanismo*. Madrid: Edhasa.
- Zea, L. (2003). *La filosofía americana como filosofía sin más*. Buenos Aires: Siglo XXI.